

cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.

Grandes eran los discursos que D. Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venía, y se alegraba entre sí mismo creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando aunque sea de burlas. En resolución, aquella tarde D. Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con D. Quijote y Sancho, fueron á las galeras. El cuatralvo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquite al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de

terciopelo carmesi, y en poniendo que puso los pies en él D. Quijote disparó la capitana el cañon de cruja y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir D. Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á D. Quijote diciéndole: este día señalaré con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida habiendo visto al señor D. Quijote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no ménos cortes se le respondió D. Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines: pasóse el cómitre en cruja, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sobre el estanterol junto al espalder de la ma-



no derecha, el cual ya avisado de lo que había de hacer asíó de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pié y alerta, comenzando de la derecha banda, la fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando sin poder imaginar que fué lo que sucedido le había. D. Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenía intencion de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le había de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pié y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios, y venía á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quijote, que tambien se estremeció y encogió de

hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habían amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la cruzja con el corbacho ó rebenque comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moxerse tantos piés colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí: estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan? ¿y como este hombre solo, que anda aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo ménos el purgatorio. D. Quijote, que vió la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: ¡ha Sancho amigo, y con que brevedad, y cuan á poca costa os podíades vos si quisiédesdes desnudar de medio cuerpo arriba, y poner os entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra: y mas, que podría ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar. Preguntar quería el general



que azotes eran aquellos, ó que desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oído saltó el general en la cruzia, y dijo: ea, hijos, no se nos vaya: algun bergantín de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana á saber lo que se les ordenaba, Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y el con la otra iria tierra á tierra, porque así el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avinole mal, porque la galera capitana era de los mas ligeros bajelos que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantín conocieron que no podian escaparse, y así el arraez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que

podian los del bajel oír las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos Toraquis, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantín venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos, hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzádoles la capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando deseosos de ver lo que traían. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arraez y á los demas turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el general



quien era el arraez del bergantín, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana ( que despues pareció ser renegado español ) : este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arraez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el general : dime, mal aconsejado perro, ¿ quien te movió á matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte ? ¿ Este respeto se guarda á las capitanas ? ¿ No sabes tú que no es valentia la temeridad ? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el arraez, pero no pudo el general por entónces oír la respuesta por acudir á recibir al virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virey. Y tan buena, respondió el general, cual la verá vuestra escelencia agora colgada desta entena. ¿ Como así ? replicó el virey. Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arraez del bergantín ; y en-

señóle al que ya tenia atadas las manos y cebado el cordel á la garganta esperando la muerte. Mírole el virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte, y así le preguntó : dime, arraez, ¿ eres turco de nacion, ó moro, ó renegado ? A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana : ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. ¿ Pues qué eres ? replicó el virey. Muger cristiana, respondió el mancebo. ¿ Muger y cristiana, y en tal trage y en tales pasos ? mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, o señores, la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿ Quien fuera el de corazon tan duro que con estas razones no se ablandara, ó á lo ménos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir queria ? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera : de aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias ; nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tios mios

llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, ántes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni mas ni ménos: mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamas, á mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado D. Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme D. Gregorio. Mezcló-

se con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tíos míos, que consigo me traian; porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos estraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera si acaso ántes que él volviese nos desterraban. Hicelo así, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de que parte de España era, y que dineros y que joyas traia. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en el enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Eslando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos y



hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por D. Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme considerando el peligro que D. Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una muger por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entónces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con ménos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con D. Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre: vestile de mora, y aquella misma tarde le truje á la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mugeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en

casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimientos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino también conmigo este renegado español, señalando al que habia hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berbería: la demas chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el órden que traíamos de que á mí y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo



que habeis visto. En resolucion, D. Gregorio queda en hábito de muger entre mugeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus piés, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo: o Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y

mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desalada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas: el cual dijo al general y al virey: esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza; yo sali de mi patria á buscar en reinos estraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que de jé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y ahora por el estraño rodeo que habeis visto he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entónces dijo Sancho: bien conozo á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de



ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del estraño caso todos los presentes, el general dijo: una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valencia habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á D. Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia donde, como y cuando podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde D. Gaspar quedaba: dudaron el general y el virey el fiarse del renegado, ni confiar del los cristianos que habian de bogar el remo: fióle Ana Félix, y Ricote

su padre dijo que salia á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer desembarcó el virey, y D. Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

## CAPITULO LXIV.

que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á D. Quijote de cuantas hasta entónces le habian sucedido.

La muger de D. Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era estremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo D. Quijote á D. Antonio que el parecer que habian tomado en la libertad de D. Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia



hecho D. Gayferos á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor D. Gayferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á D. Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió D. Quijote, pues llegando el barco á la marina nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. D. Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaría el espediente de que el gran D. Quijote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la jibertad de D. Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el visorey de hacerlo así como se le pedía: y una mañana, saliendo D. Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran

sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oído, en altas voces, encaminando sus razones á D. Quijote, dijo: insigne caballero, y jamas como se debe alabado, D. Quijote de la Mancha, yo soy *el caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerle conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano, escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis ha-



zañas. Mira lo que te está mejor, y respéndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio. D. Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba; y con reposo y ademan severo le respondió: caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamás habeis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubierades, yo sé que procurarades no ponerlos en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el día que traéis determinado; y solo esceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuales ni que tales sean: con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, S. Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dichoselo al visorey que estaba hablando con D. Quijote de la Mancha. El visorey, creyendo seria alguna nue-

va aventura fabricada por D. Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con D. Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando D. Quijote volvía las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles que era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á D. Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el visorey á D. Antonio, y preguntóle paso si sabia quien era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á Don Quijote. D. Antonio le respondió que ni sabia quien era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey en si les dejaría ó nó pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores caballeros, si aqui no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor D. Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dense. Agradeció el de la Blan-



ca Luna con cortesés y discretas razones al visorey la licencia que se les daba, y D. Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazón, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á D. Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan pederosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo una pelígrosa caída. Fue luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo: vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesais las condiciones de nuestro desafío. D. Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cier-

to, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran D. Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos ántes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el visorey y D. Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que D. Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á D. Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantaron á D. Quijote, descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color y trasudando. Rocinante de puro malparado no se pudo mover por entónces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia que decirse ni que hacerse. Pareciale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veía á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se des-



hace el humo con el viento. Temia si quedaria ó nó contrecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quien fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.

## CAPITULO LXV.

Donde se da noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió D. Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él Don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él D. Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quien fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quien soy; y porque no hay

para que negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos enantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento; él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y a vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante ca-



ballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que decirnos otra cosa alguna : suplicoos no me descubrais, ni le digais á D. Quijote quien soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería. ¡ O señor ! dijo D. Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿ No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de D. Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvarios ! Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco ; y si nó fuese contra caridad diria que nunca sane D. Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso : y habiéndose ofre-

cido D. Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó D. Antonio al visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de D. Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras fuesen noticia. Seis dias estuvo D. Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo : señor mio, alze vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada ; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos ; y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidioso, aunque es vuesa merced el mas



malparado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser mas gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algun condado que darte. Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir que mas vale buena esperanza que ruin posesion. En esto estaban cuando entró D. Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento: albricias, señor D. Quijote, que D. Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa; ¿que digo en la playa? ya está en casa del visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto D. Quijote, y dijo: en verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á D. Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me

conviene usar de la rueca que de la espada? Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina aunque con su pepita, que hoy por tí y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, sino es que se quiera estar en la cama, quiero decir que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas penencias: y levántese vuesa merced agora para recibir á D. Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta D. Gregorio y el renegado al visorey de su ida y vuelta, deseoso D. Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de D. Antonio, y aunque D. Gregorio cuando le sacaron de Argel fué con hábitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad al parecer de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de D. Gregorio y Ana Félix admiraron en parti-



cular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á D. Gregorio. Contó D. Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mugeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redujose el renegado con la iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el visorey con D. Antonio que modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. D. Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se acababan. No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas porque con el gran D. Bernardino de Velasco,

conde de Salazar, á quien dió su magestad cargo de nuestra espulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él ántes del cauterio que abrasa, que del unguento que molifica; y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quedé ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ; Heróica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal D. Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo D. Antonio: D. Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi muger en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor vi-



sorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver como yo negocio. El visorey consintió en todo lo propuesto; pero D. Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podía ni quería dejar á Doña Ana Félix; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la muger de D. Antonio, y Ricote en casa del visorey. Llegóse el dia de la partida de D. Antonio, y el de D. Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos, que la caída no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse D. Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á D. Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó D. Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y D. Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: D. Quijote dasarmado y de camino, Sancho á pié, por ir el rucio cargado con las armas.

## CAPITULO LXVI.

que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona volvió D. Quijote á mirar el sitio donde habia caído, y dijo: aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamas. Oyendo lo cual Sancho dijo: tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mi mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pié, no estoy triste: porque he oído decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una muger borrachá y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba ni á quien ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió D. Quijote, muy á lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artifice de su ventura. Yo lo he si-



do de la mia, pero no con la prudencia necesaria y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrévime enfin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mi elvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los piés del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pié, y hacerlas grandes, es pensar en lo escusado. Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas ó al rededor dellas grabaremos en

los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

Nadie las mueva,  
Que estar no pueda  
Con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó D. Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardón. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda, y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las masedumbres de Rocinante ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen mas que lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día y aun otros cuatro sin suceder les cosa que estorbare su camino, y al quinto día á la entrada de un lugar hallaron á lapuerta de un meson mucha gente, que por estar fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos D. Quijote un labrador alzó la



voz diciendo : alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha hacer en nuestra apuesta. Si dire por cierto, respondió D. Quijote, con toda reeclitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fué la condicion que habian de correr uua carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador como se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazón Sancho ántes que D. Quijote respondiese; y á mí, que ha pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito. Responde en buena hora, dijo D. Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor dél la boca abierta, esperando la sentencia de la suya : hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es ver-

dad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y aiilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualara y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente. Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muele con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva. Yo, señores, respondió D. Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su estraña figura, como la discrecion de



su criado, que por tal juzgaron á Sancho : y otro de los labradores dijo : ¿ si el criado es tan discreto, cual debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla sino, estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando ménos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro dia siguiendo su camino vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo á pié, el cual como llegó junto á D. Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegría : ¡ o mi señor D. Quijote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa! No os conozco, amigo, respondió D. Quijote, no sé quien sois, si vos no me lo decis. Yo, señor D. Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. ¡ Valá-

me Dios! dijo D. Quijote; ¿ es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla. Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna : tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí de ella. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza ; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas ántes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virrey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro; aqui llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuantas llamitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo D. Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra,



pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho : quédate con él, y hártate , que yo me iré adelante poco á poco , esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desvainó su calabaza , desalforjó sus rajás , y sacando un panecillo , él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde , y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas , con tan buenos alientos , que lamieron el pliego de las cartas solo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho : sin duda este tu amo , Sancho amigo , debe de ser un loco. ¿ Como debe ? respondió Sancho , no debe nada á nadie , que todo lo paga , y mas cuando la moneda es locura : bien lo veo yo , y bien se lo digo á él ; pero ¿ qué aprovecha ? y mas agora que va rematado , porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido ; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase , que otro día , si se encontrasen , habria lugar para ello : y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas , antecogió al rucio , y diciendo á Dios dejó á Tosilos y alcanzó á su amo , que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

## CAPITULO LXVII.

De la resolucion que tomó D. Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa , con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á D. Quijote antes de ser derribado muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del árbol estaba , como se ha dicho , y allí como moscas á la miel le acudian y picaban los pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea , y otros á la vida que habia de hacer en sus forzosa retirada. Llegó Sancho , y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. ¿ Es posible , le dijo D. Quijote , que todavía , o Sancho , pienses que aquel sea verdadero lacayo ? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en labradora , y al caballero de los Espejos en el banchiller Carrasco : obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora , ¿ preguntaste á ese Tosilos que dices , que ha hecho Dios de Altisidora , si ha llorado mi ausencia , ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban ?